

Espíritu Santo y Creación. Misión distintiva de la Tercera Persona de la Trinidad en la creación de un mundo en evolución.

M^a J. Hernández Bastida¹

¹ *Escuela Internacional de Doctorado de la Universidad de Murcia, mariajesus.hernandez1@um.es*

En el presente trabajo de investigación pretendemos llevar a cabo una apertura del horizonte reflexivo científico-teológico sobre la misión distintiva de la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, desde la perspectiva de mundo creado y universo en evolución.

Iniciamos constatando que la ciencia ha demostrado, y muy especialmente durante los dos últimos siglos, que el universo en el que estamos inmersos es un proceso dinámico, que desplegándose pone de manifiesto su infinitud.

Desde la perspectiva de la ciencia, la evolución es la forma en que la vida se desarrolla en el universo. Desde las más sencillas de las estructuras hasta las más complejas uniones, las propiedades emergentes de la vida manifiestan coherencia y unidad a medida que la vida se va desarrollando con mayor complejidad.

La historia del universo y, en especial, el trascurso de la vida biológica sobre la tierra han estado marcados por la ininterrumpida aparición de complejidad. Ahora bien, la idea de que la evolución es necesariamente positiva o favorecedora debe estar equilibrada con teorías más realistas sobre todo en lo referente a la evolución humana, en la que es constatable argumentaciones tanto de progreso como de sufrimiento.

Sin embargo, existe un modelo o pauta común a la evolución en los distintos ámbitos de la realidad, un estímulo inherente, una potencia constitutiva en la evolución de llegar más allá de donde había llegado antes, incluso traspasando límites críticos que generan caos y perturbación permitiendo que los sistemas se reorganicen en un nivel superior y más inclusivo. En un mundo evolutivo, el conflicto y la existencia de objetivos contrapuestos son inherentes a la realización de bienes mayores. Estos principios de complejización producen resultados que son, no solo estructurales, sino también funcionales y de comportamiento. La humanidad es parte integral de la naturaleza. Aparecemos gracias a un proceso evolutivo y estamos biológicamente vinculados al mundo natural. Estamos inmersos, por tanto, en una red de vida. Esta corriente evolutiva tiene la capacidad inherente de superar incluso los mayores obstáculos en un proceso general desde las partículas subatómicas hasta la creatividad humana¹.

Ahora bien, el surgimiento de la conciencia, punto de inflexión en el acontecer evolutivo, pide de manera inexcusable un entorno favorable, un universo inteligible, mucho antes incluso de que existiera la propia conciencia. Esta afirmación y desde una perspectiva teológica, implica que la aparición de la vida humana depende de algo más que de la evolución del mundo físico; existe una presión interna hacia la trascendencia espiritual, J. Haught (2009) "A la teología se le permite afirmar que, en último término, la inteligencia surgió en la historia de la naturaleza porque el universo está fundado en un Principio de inteligibilidad eterno y creador".

¹ Tesis básica expuesta por P. Teilhard de Chardin.

Desde una perspectiva teológica cristiana, la naturaleza del universo nos manifiesta un proceso de progresiva complejidad y perfección, donde la emergencia de la conciencia del ser humano como imagen de Dios, *Imago Dei* en su aspecto relacional, nos lleva a afirmar que la evolución es en palabras de Ilia Delio (2014) “El regalo de la ciencia de Darwin a la teología, es su capacidad para aportar profundidad y riqueza a nuestra percepción del gran misterio de la religión”. Tanto es así, que el estudio del hecho científico de la evolución puede ayudar a abrir nuevas vías para entender la relación entre Dios y el mundo. La creación por tanto, no tiene que ver con un mundo estático sino con una relación entre el ser dinámico de Dios y un mundo en proceso de formación. Desde nuestra perspectiva teológica cristiana este universo dinámico y en constante evolución nos remite al Dios creador de un cosmos diverso, pero interrelacionado.

La creación, es apreciada como una relación entre el ser absoluto de Dios y el ser finito de las criaturas, merced a la cual los seres finitos reciben la llamada a la existencia continuamente a manos de Dios, *creatio appellata*. En este sentido podemos describir la evolución en el plano humano, como una evolución de la conciencia que puede expresar a Dios, porque el ser humano es imagen de Dios y es capaz de Dios, *capax Dei*. Ahora bien, la relación entre Dios infinito y la criatura finita se desenvuelve en la estrecha relación entre el designio creador de nuestro Dios y su realidad trinitaria. El Dios cristiano es el Dios Uno y Trino.

Entre la relacionalidad del mundo y Dios y la esencial relacionalidad de Dios, existe un claro paralelismo, presente tanto en la Teología oriental al concebir a Dios como comunión de personas, como en la Teología occidental cuando sostiene que la esencia de Dios coincide con sus relaciones intratrinitarias. Este paralelismo hace que dicha relacionalidad sea transcendente.

Desde el conocimiento que procede de las relaciones interpersonales, sujeto-sujeto, donde la relación con el mundo propia del sujeto que conoce y capta objetiva, descriptiva e intelectualmente el contenido de los hechos, queda sustituida por la relación interpersonal, en su realización más plena, desde donde se tiende a un plus de conocimiento que es el conocimiento-comunión. Y este conocimiento de índole comunal, consiste no solamente en una representación intencional o figurativa de aquel a quien se conoce, sino en la unión de comunicación y vida, intelectual, afectiva, dinámica, en virtud de la cual se sabe qué es el otro porque se vive en y con el otro.

Será desde esta perspectiva de conocimiento desde la que llevemos a cabo nuestra aproximación a la Trinidad misterio de amor y comunión que constituye la esencialidad del Dios cristiano. Se trata por tanto, de llevar a cabo una aproximación al sentido y a la proyección antropológica que tiene el que los cristianos creamos que Dios subsiste como Padre, Hijo y Espíritu Santo poniendo de relieve la significación de los datos de la fe cristiana.

A su vez, desde un contexto de relación, consideramos que es la perspectiva adecuada para intentar comprender la comunicación de Dios Padre, Hijo y Espíritu en su dimensión *ad intra*, Trinidad inmanente, en íntima y estrecha unión con la dimensión *ad extra* de relaciones extratrinitarias o misiones de cada una de las personas de la Santísima Trinidad en la Historia de la salvación, Trinidad económica. Dicho contexto será desde el que establezcamos este trabajo de investigación, en el que es posible la autocomunicación de Dios al hombre tanto como Palabra, como don del Espíritu, es decir

en la realidad de vida y existencia donde el ser humano emergió como punto de inflexión en el acontecer evolutivo del universo creado.

El concepto teológico actual de persona se ha ido enriqueciendo, la persona no es ya sólo el individuo que se auto-posee y es consciente de sí, sujeto y centro de actividades. La persona es también y de manera constituyente sujeto de comunicación, de relación. El yo como sujeto de comunicación y de relación, sólo puede ser entendido en relación con un tú, es por tanto un concepto de relación. Una concepción individualista de la persona ve la relación en un segundo plano, una vez que el yo está constituido. Una concepción muy distinta es la del Dios cristiano Uno y Trino, misterio de unión, amor y relación del Padre, Hijo y Espíritu, donde las dos dimensiones, el yo y la relación, están íntimamente unidas.

El Padre, el Hijo y el Espíritu no sólo son distintos en cuanto personas, sino que a la vez y por la misma razón de su distinción personal están cada uno de ellos con y en el otro. La unión de las tres personas de la Santísima Trinidad está constituida por su mutua relación e inhabitación. Y esto nos lleva a afirmar que las nociones de persona y relación en la Trinidad son originales ya que la relación presupone la persona, al mismo tiempo que no existe persona si no es en relación. La constitución de las personas y su manifestación en la relación, son las dos caras de una misma realidad.

En Dios, libertad y necesidad no se oponen sino que coinciden en el amor, es por tanto que Dios ama el mundo con el mismo amor que Él es. Desde esta perspectiva es desde donde consideramos que se puede pensar a Dios trinitario de manera temporal e histórica. Dios está abierto a la creación, al tiempo y a la historia.

En nuestro trabajo de investigación partimos de que lo que diferencia a las personas trinitarias distintas entre sí, no es una individuación absoluta sino el carácter mutuo de las relaciones que es total comunicación recíproca en la plenitud de la sustancia divina: "Todo lo mío es tuyo" (Jn 17, 10). No solamente el yo divino es infinito, sino que es además total comunicación de su infinitud. Así cada persona es total comunicación de sí misma, y la perfecta comunicación comporta armonía total, unidad infinita en la plenitud de la conciencia, de amor y de libertad. Una comunicación personal recíproca, total e infinita se opone a la independencia y a la limitación.

Tomamos en consideración a su vez que, en la unión como comunidad de vida y amor de las tres personas de la Santísima Trinidad, el Espíritu, es el nosotros del Padre y el Hijo, perspectiva de la tradición teológica occidental que ha visto al Espíritu Santo como amor mutuo del Padre y del Hijo y expresión de su unidad. Y esto nos llevará al núcleo de nuestra investigación sobre la tercera persona de la Trinidad, el Espíritu, como don, creador y dador de vida, Espíritu inspirador de un mundo creado, dinámico en evolución y emergente. Cuando se afirma que las tres personas divinas del Dios Uno y Trino son iguales y distintas, la palabra distinta hace referencia no solo a que el Padre no es el Hijo, ni este el Padre ni ninguno de los dos el Espíritu, sino que esta distinción está referida al modo de ser persona, distinto en cada una de las tres personas de la Trinidad. El Padre es persona como Origen de todo conocer y de todo amor; el Hijo es persona como Palabra que expresa ese amor original y el Espíritu Santo es persona como Comunicación pura de conocimiento y amor.

Este modo de ser persona del Espíritu, este modo de revelarse como acción o gracia del Padre y del Hijo, parece denotar una realidad más impersonal que personal, siendo

una de las dificultades con las nos encontramos en la reflexión sobre la tercera persona de la Santísima Trinidad. Con sus características peculiares, aparece en el Nuevo Testamento como sujeto, como centro de actividad.

En los escritos paulinos, el Espíritu obra en el hombre desde el interior de la persona, porque habita en ella, ha sido dado. En 1Tes 4, 8 aparece por primera vez la idea: Dios nos ha dado su Espíritu. El Espíritu es el don de Dios por excelencia.

El Espíritu también es para Juan el dador de vida Jn 6,62, origen de un nuevo nacimiento del hombre Jn 3, 3-8. Consideramos que en el Nuevo Testamento, el Espíritu Santo queda manifiesto como aquel que, universaliza haciendo eficaz para todos los tiempos y lugares la obra de Dios personalizada y llevada a cabo por Cristo en un momento y un lugar determinados.

El Espíritu como el don de Dios, que es Dios mismo, es el don por excelencia dado a los hombres. La proximidad de la Tercera Persona trinitaria al ser humano no se limita al mismo sino que se exterioriza a todo lo creado. Este desbordamiento de Dios hacia el hombre, hacia el mundo es la expresión de la unión y del amor del Padre y del Hijo, y, como tal, lo más íntimo del ser divino.

En la reflexión pneumatológica occidental, el Espíritu es considerado como amor y como don, aspectos profundamente relacionados. Es amor-relación del Padre y del Hijo, es don como expresión de ese amor y también como don difusivo del Padre y del Hijo en la relación *ad extra* de la Trinidad económica. En la tercera persona de la Trinidad, el Dios trinitario sale fuera de sí en su autocomunicación a los hombres.

Amor y don nos van a permitir abordar la comunicación de Dios al mundo creado como realidad dinámica, evolutiva y emergente. Para ello este trabajo de investigación consistirá en poner de manifiesto la relación que guarda el Espíritu y la creación, concretamente con el modo específico en que esta se ha llevado a cabo, la evolución a modo de *creatio appellata*. El inicio creador de Dios es una llamada creadora, desde la nada hacia su Plenitud de Ser, es una llamada persistente a la unión que el Creador sugiere sin imponerla. Dios invita así a la creación a enriquecerse de manera progresiva y la invita mediante su omnipresencia activa y respetuosa con cada creatura. El Espíritu como don, es el aliento de Dios que da vida a las cosas, poder operante en la historia evolutiva, presencia de Dios en el interior de todo lo creado que lleva a las creaturas a su consumación y también como don, es la persona divina que desborda la comunión divina hacia lo no divino poniendo a la realidad creada en estrecha relación con las personas trinitarias.

Referencias

- Agustín de Hipona. (1985). *La Trinidad*, Obras completas de San Agustín, Vol. V, BAC, Madrid.
- Agustín de Hipona. (1944). *La ciudad de Dios*, traducción de Díaz Bayral José Cayetano, Apostolado de la Prensa S.A, Madrid.
- Basilio de Cesarea. (1983). *Contre Eunome*, traducción de Sesboüe Bernard, S.J, Schr Les Éditions Du Cerf, Paris.
- Basilio de Cesarea. (2016). *El Espíritu Santo*, traducción de Velasco Delgado Argimiro
- Béjar Gallego, M., (2015). *La emergencia de la complejidad*, Grupo de Investigación Ciencia, Razón y Fe (CRYF), en Razón y Fe t 273, nº 1407, Universidad de Navarra.
- Congar, Y. (2012). *Sobre el Espíritu Santo. Espíritu del Hombre, Espíritu de Dios*, Sígueme, Salamanca 2012.
- Congar, Y., (1991). *El Espíritu Santo*, Herder, Barcelona.
- Delio, Ilia. (2014). *Cristo en evolución*, Sal Terrae, Santander.
- Edwards, D. (2008). *Aliento de vida. Una teología del Espíritu creador*, Verbo divino, Estella 2008.
- Edwards, D. (2006). *El Dios de la evolución. Una teología trinitaria*, Sal Terrae, Santander.
- García López, J. (1995). *Lecciones de metafísica tomista. Ontología. Nociones comunes*, EUNSA, Navarra.
- Haught, J. F. (2009). *Cristianismo y ciencia. Hacia una teología de la naturaleza*, Sal Terrae, Santander.
- Jou, D. (2014). *La evolución cósmica, biológica y antropológica*, en *Trinidad, universo, persona. Teología en cosmovisión evolutiva*, Verbo Divino, Pamplona.
- Ladaria, L. F. (1998). *El Dios vivo y verdadero. El misterio de la Trinidad*, Secretariado Trinitario, Salamanca.
- Lozano, M. (2011). *De los quarks a las comunidades humanas, hacia el Dios trinitario. Un enfoque integral transdisciplinario de la creación evolutiva en De las Ciencias a la Teología. Ensayos interdisciplinarios en homenaje a Manuel García Doncel*, edit. por J. Romero Moñivas, Navarra, 353-373.
- Nicolás de Cusa. (1981). *La Docta ignorancia*, traducción de Fuentes Benot Manuel, Aguilar, Buenos Aires.
- Pikaza, X. (2015). *Trinidad. Itinerario de Dios al hombre*, Sígueme, Salamanca.
- Rahner, K y Overhage, P. (1973). *El Problema de la Hominización. Sobre el origen biológico del hombre*, traducción de Fernández Peregrina, V y Bravo Navalpotro, J. M., Ediciones Cristiandad, S.L. Madrid.
- Rahner, K. (2008). *Dios amor que desciende. Escritos espirituales*, Introducción y edición García, J.A., Sal Terra, Santander.
- Ricardo de San Víctor. (1999). *La Trinité*, texto en latín traducido por Salet Gaston, s.j., Les Éditions du Cerf, Schr 63, Paris.
- Schmitz-Moormann, K. (2005). en colaboración con Salmon J F., *Teología de la creación de un mundo en evolución*, Verbo Divino, Navarra.
- Teilhard de Chardin, P. (1957). *Oeuvres complètes*, III, *La Visión du Passé*, Seuil, Paris.
- Tomás de Aquino. (2010). *Suma Teológica*, traducción por comisión presidida por FR. Barbado Viejo Francisco, O.P, BAC, Madrid, Vol. I-II.